

ENSAYO

El rojo y el negro

Una parálisis cerebral condenó a Rubén Gallego, nieto del comunista Ignacio Gallego, a la reclusión en orfanatos y geriátricos de la antigua URSS. Su testimonio denuncia el horror.

BLANCO SOBRE NEGRO

Rubén Gallego
Traducción de Ricardo San Vicente
Alfaguara. Madrid, 2003
182 páginas. 10,95 euros

ANTONIO ELORZA

Entre 1986 y 1988, con ocasión de mi paso por la presidencia provisional de Izquierda Unida, participé en varias reuniones en las que también estaba Ignacio Gallego, un veterano dirigente que en 1984 había tenido la ocurrencia de fundar, por iniciativa soviética, el último partido comunista ortodoxo de la historia, escindiéndose del PCE. Luego, ya con Gorbachov en el poder, el tal partido escapó de su condición grupuscular integrándose en IU como paso previo para que las aguas volvieran al cauce unitario. En las reuniones, el habla firme y pausada de Ignacio Gallego servía para recordarme que la causa de las masas proletarias seguía avanzando y que la emancipación de la humanidad tendría lugar bajo la enseña del socialismo. Manejaba con extrema soltura la lengua de palo propia de los hombres formados bajo el comunismo clásico y una vez pronunciada la perorata, por

si uno no había quedado convencido, insistía con aparente cordialidad, ya a título personal, en la razón histórica que respaldaba a sus argumentos. Era un comunista puro y duro.

Pero no es ésta la ocasión para hablar únicamente de la rigidez doctrinal y de la amabilidad del ya desaparecido líder prosoviético, aun cuando su concepción del mundo y de los hombres tenga probablemente mucho que ver con la historia que nos ocupa: el relato autobiográfico que su nieto, Rubén González Gallego, acaba de ver publicado en nuestro país con el título *Blanco sobre Negro*. No es una historia común, ni su protagonista es un hombre común. Rubén nace en Moscú en 1968, con una parálisis cerebral similar a la del físico Stephen Hawking, en una sociedad donde la emancipación es un mito colectivo y resulta incompatible con toda singularidad individual, sea ideológica o física, que represente una carga para el sistema. En aplicación de este principio, Rubén fue separado forzosamente de su madre con año y medio, pasando a una serie de orfanatos donde las condiciones de trato y la propia discapacidad le someten a una constante prueba de supervivencia, cerrada con el paso a un geriátri-



Rubén Gallego (Moscú, 1968).

BERNARDO PÉREZ

co que es un auténtico pudriero para los declarados inútiles. Por sus estudios, Rubén estaba preparado para la Universidad, pero siendo incapaz de andar estaba descartado. Es un darwinismo social llevado al extremo de la brutalidad. El caos de la última etapa de Gorbachov facilita

su huida en 1990, y con ello la posibilidad de ofrecer este estremecedor testimonio "sobre una vida cruel, pavorosa y que, sin embargo, es mi infancia".

Blanco sobre Negro tiene muchos puntos comunes con *I sommersi e i salvati*, de Primo Levi, sólo que ahora no estamos en un

campo de exterminio, sino en una variante asistencial del *gulag*. El puzzle de vivencias y de retratos que nos presenta Rubén Gallego, desde su casi absoluta discapacidad física, comprende la descripción de las más terribles situaciones con una economía de medios y con una carga de humanismo que las convierte al mismo tiempo en denuncia del horror y en elogio de la voluntad de vivir y de ser solidario, incluso en las más desfavorables circunstancias. Éstas se imponen casi siempre, pero sin anular el esfuerzo por sobrevivir de quien se sabe condenado si baja en un momento la guardia en su lucha u olvida buscar el menor apoyo material o humano.

Volvemos al principio. Poco tiempo antes de ser enviado al geriátrico en 1986, Rubén ve en la televisión a su abuelo, secretario del PCPE, en una ceremonia con Gorbachov. Los compañeros le preguntan por el posible parentesco y él rechaza tal posibilidad: de ser su abuelo, ¿cómo iba a encontrarse allí comiendo tamaña bazofia? Ahora Rubén sabe que Ignacio era su abuelo, "el abuelo más bueno del mundo, como el abuelo Lenin, como Leonid Ilich Brézhnev". Rubén cierra su reflexión asegurando no entender cómo nunca vino a verle ni a salvarle de la muerte casi segura en el geriátrico. Pero a la vista de la ironía que preside el elogio de su antepasado, sin duda lo entiende, si no en el plano de las decisiones individuales, por lo menos desde el ángulo de la deshumanización propia del *homo sovieticus*.

Viaje en el espacio y el tiempo

La repetición del trayecto emprendido por otros viajeros permite a José María Ridao releer sus testimonios desde la perspectiva del tiempo pasado. En este bello peregrinaje surgen las huellas de Antonio Machado en Colliure, Cela en la Alcarria o Walter Benjamin en Port-Bou.

EL PASAJERO DE MONTAUBAN

José María Ridao
Galaxia Gutenberg
Barcelona, 2003
194 páginas. 21,50 euros

JAVIER PRADERA

Los nichos clasificatorios (tomando la expresión en un sentido lúgubre) de la bibliografía pueden despistar a lectores potenciales sobre los propósitos de obras sobresalientes que —como ocurre en este caso— rompen la árida uniformidad de un mercado editorial dominado por la narrativa *best seller*, el ensayo predecible y la autoayuda turística. De añadidura, la cubierta de este reciente libro de José María Ridao tal vez suscite algún malentendido: si bien la fotografía del último presidente de la Segunda República y el nombre de la ciudad francesa donde murió en noviembre de 1940 parecen anunciar en la portada una monografía sobre los días finales de Manuel Azaña, *El pasajero de Montauban* es también el propio autor, dedicado a seguir las huellas dejadas por viajeros vocacionales o forzosos. El resultado de su indagación es un conjunto de reflexiones inteligentes, sensibles y cultas sobre la interacción

entre las miradas de los hombres y el paisaje que contemplan; en la medida en que una reseña periodística se pueda permitir veleidades prescriptivas explícitas, es difícil resistirse a la tentación de recomendar sin ambages la lectura de este libro singular escrito con excelente prosa.

La originalidad del enfoque elegido y la maestría del tratamiento literario hacen aflorar rasgos de la realidad que la pereza de la visión rutinaria y la inercia de los hábitos cotidianos suelen mantener en la penumbra. Desde mediados del siglo XIX, la tradición del relato de viaje informativo, geográfico o científico ha cedido su lugar a un género autónomo, demasiado proclive a endosar valores morales al paisaje y a combinar la exaltación de lo particular con un simétrico rechazo de lo supuestamente extraño. La repetición del trayecto seguido por otros viajeros le depara a Ridao la oportunidad de releer desde la perspectiva de los años transcurridos sus testimonios: la Castilla espiritualizada por los escritores de la generación del 98, la zona de las Hurdas visitada por Maurice Legendre, Miguel de Unamuno y el doctor Marañón, la Alcarria recorrida por Cela o la Almería descrita por Juan Goytisolo. El propósi-

to de ese peregrinaje comparativo no es tanto —ni fundamentalmente— levantar acta notarial de las transformaciones producidas por décadas de cambio político, desarrollo económico, urbanización acelerada y modernización tecnológica como analizar los sesgos ideológicos y los prejuicios morales que llevaban en su mochila algunos de esos viajeros antes de iniciar la ruta. La visita a Medina Sidonia implica la evocación de la tragedia de Casas Viejas durante la Segunda República, relatada por Sender en su crónica sobre la aldea del crimen; el recorrido de Las Alpujarras y el paseo por Yegen toma a Gerald Brenan como obligado punto de referencia.

No siempre se trata de viajes realizados de forma voluntaria con propósitos literarios o descriptivos: el libro se ocupa también de los caminos de fuga emprendidos para huir de la muerte o de la cárcel y de los fracasados intentos de regresar desde el exilio a un paraíso definitivamente perdido. El rastreo de las difuminadas huellas de Manuel Azaña en Montauban, de Antonio Machado en Colliure y de Walter Benjamin en Port-Bou es el conmovedor homenaje de Ridao a tres viajeros perseguidos por la barbarie fascista que descansan para siempre lejos de



Max Aub, en el Museo del Prado en 1972 al volver del exilio. FUNDACIÓN MAX AUB

su patria. El desconsolado regreso a España de Corpus Barga y de Max Aub ("he venido pero no he vuelto") después de un largo trasterramiento muestra la profundidad de unas heridas nunca cicatrizadas.

Algunas ambiciosas conjeturas —no siempre es fácil distinguir en su formulación las hipótesis ensayísticas de las tesis historiográficas— sirven a Ridao de hilo conductor a esas inquisiciones: la estrategia renacentista de quebrar la unidad de la cuenca mediterránea, a fin de atribuir a la ribera septentrional el monopolio exclusivo de la herencia clásica, habría preparado el terreno para la engañosa ope-

ración de sustituir el invisible legado de una sola cultura, común a las tres religiones monoteístas del libro, por la ficción de tres culturas herméticamente separadas entre sí en función de las creencias —judías, cristianas o islámicas— de los pobladores de la península Ibérica. La negación de las evidentes huellas musulmanas inscritas en el paisaje castellano (valga como ejemplo la puerta califal en la fortaleza de Gormaz) y la prejuiciada asociación de los rasgos de carácter premodernos con el mundo morisco no son sino el reverso de la pretensión ideológica de identificar a España con el cristianismo y a Castilla con el presente, el pasado y el futuro de sus habitantes.